

por otra parte, su autor nunca dió tampoco grande importancia, y pareciéndonos por lo mismo extrañas en cierto modo al cuerpo de estas obras, hemos creído oportuno y adecuado ponerlas por vía de *Apéndice* en el último tomo.

II

Veníase entretanto á más andar, preñado de tempestades y lleno de esperanzas, el tercero y último período de nuestra revolución, en lo que va del presente siglo XIX. La Monarquía hereditaria y tradicional, en la vecina Francia, acababa de dejar el puesto á otra Monarquía electiva y revolucionaria: y, al impulso de este nuevo y definitivo arranque del liberalismo francés, todas las naciones de Europa, cuál más, cuál menos, habían experimentado cambios ó arrostrado peligros de grave consecuencia. En España, estos sucesos coincidían con la existencia de un trono minado por conspiraciones domésticas, ocupado por un Monarca débil y enfermo y rodeado por la impaciente expectativa de un partido ducho en asimilarse todos los elementos que no le eran irreconciliablemente hostiles, con agravios que vengar, gran propagador de esperanzas halagüeñas, más activo que sus adversarios, y tal, en fin, como le necesitaban los nuevos intereses que nacían en torno del lecho del moribundo Monarca, cuyos ojos turbados buscaban, en su última hora, vengadores de sus enemigos y tutores de su hija y heredera. Al doloroso y tímido clamor de aquel Rey moribundo, repetido por los labios de una Reina joven y hermosa, respondieron, como otros tantos ecos de amistad y de concordia, la voz de las tradiciones y el grito de las esperanzas.

La educación, los instintos, los intereses, las aspiraciones del joven literato, le llamaban, no solamente á mezclar su voz en aquel universal concierto, sino á señalarse de un modo especial: y esto fué cabalmente lo que intentó y consiguió cuando en aquellos críticos días del otoño de 1832 dirigió á Fernando VII una *Memoria sobre la situación actual de la Monarquía*, cuyas ideas y forma produjeron en los círculos políticos de entonces placer á unos, indignación á otros, y á todos gran sorpresa. Los enemigos del nuevo orden de cosas que se preparaba le miraron como un adversario temible, y los amigos como un auxiliar poderoso. Todos fijaron su vista con interesada curiosidad en aquel casi imberbe consejero que levantaba hasta el regio solio tan osado y magistral acento.

“La Providencia—decía,—que guarda en la profundidad de su

„seno el secreto del destino de los hombres, y que siembra á la vez „de flores y de escollos el áspero camino de la vida, ha reservado „también la copa del infortunio para los labios de los Reyes... „Apenas V. M. ocupó el Trono que había heredado de una larga „serie de ilustres antecesores, cuando una lucha espantosa empezó „á llenar de sangre la arena de este desgraciado suelo; y en vez de „los escombros que amenazaba producir, sólo sirvió de ocasión „para que V. M. pudiese entonar el himno de la victoria, coronado „de laureles. Napoleón había cubierto con su sombra la luz del „horizonte europeo: su mano de bronce amenazaba esclavizar á la „Europa toda, que se postraba ante sus pies como se postró el „hombre ante el destino: su grandeza eclipsaba todas las grandezas „de la tierra, y su planta inflexible hollaba de la misma manera los „cetros de los Reyes y las frentes de los pueblos: habiendo visto „derramar la sangre de su Rey y abismarse un Trono sustentado „por cien generaciones, él creyó que la hora era llegada de colocar „la diadema de San Luis sobre la frente de un vasallo: él la colocó „sobre su frente; y sentada la usurpación sobre el Trono, y no pudiendo coronarse con la gloria de diez siglos, se coronó con los „rayos de su gloria. El mundo fué su víctima: la esclavitud su trofeo: „los Reyes perdieron su poder; su independencia las naciones. Llegó, en fin, la hora de Fernando y de su España: el usurpador la „pidió el tributo de su independencia y de su Rey: pero ella vengó „á su Rey de su opresión, y al mundo de su tirano. Señor, vuestra „majestad gobierna todavía con su cetro á esta nación magnánima „y generosa, que responderá siempre con un *jamás* á la usurpación „y alevosía: este *jamás* resonará en los oídos de la posteridad, „como la sentencia de un gran pueblo lanzada contra el pérfido „que ataque su existencia nacional, ó los sagrados derechos de „su Rey...”

No puede negarse que hay en este exordio tanta habilidad como retumbancia, si se considera que quien piensa acabar por pedir al Rey la convocación de Cortes, no podía empezar mejor que lisonjeando el regio orgullo con el recuerdo de los hermosos días en que, bajo su enseña y vitoreando su nombre, salvaron los españoles de la ruina y del oprobio su Trono y su persona. No menos hábil es recordar en seguida, como lo hace, los recientes agravios inferidos á Fernando por los que conspiraban contra la herencia de su hija; pintando con fuerte colorido las angustias y peligros que entonces rodearon su lecho de dolores; cargando la mano, como puede suponerse, sobre los inmediatos autores de aquella situación; y procu-

rando apartar de los liberales, sus naturales adversarios, la sospecha que contra ellos pudiera producir en el real ánimo el recuerdo de los *tres años que siguieron la bandera de la revolución*. Donoso no puede ni quiere, acaso, evitar este recuerdo; pero necesita neutralizarlo, y para eso añade en seguida:

„La Francia ha atravesado por medio de los horrores de la República, la gloria del Imperio, la serenidad de la restauración y las convulsiones de Julio; pero ni de la República, ni del Imperio, ni de la restauración, ni de sus convulsiones ha nacido el principio que debe serenarla: la tempestad brama en su seno, y la disolución acomete su existencia. Los españoles saben que la revolución que ataca actualmente á la Europa es menos una revolución política que una revolución social, en que se abisman todas las existencias, todos los intereses y todas las propiedades: ellos saben que toda revolución promovida por las masas va siempre acompañada de una irrupción en las propiedades; porque las masas no hacen las revoluciones por principios, sino por intereses: ellos han visto que las páginas de todas las revoluciones están escritas con sangre, y que siempre fueron sus primeras víctimas todos los que descollaron. Convencidos de estas verdades, Señor, los españoles, ni son revolucionarios, ni conspiradores...”

A los veintidós años, en la edad de las ilusiones, el Sr. Donoso creía que los liberales habían aprendido acerca de las revoluciones todo esto que él veía con tan precoz exactitud y casi con intuición de Profeta. Creyéndolo así, continuaba:

„En España no hay más partidos que el de la legitimidad y el de la usurpación. El primero, que propiamente no debiera llamarse partido, es el de todas las clases del Estado, y representa todos los intereses y todas las garantías sociales: el segundo, menos numeroso, pero por lo mismo más fanático, no se apoya en ningún principio ni en ningún interés social; y sin embargo, Señor, es fuerte: es fuerte, porque sabe lo que quiere; es fuerte, porque tiene una voluntad única y enérgica, y porque tiene un sistema ocultamente seguido y, ha mucho tiempo, combinado...”

¿Qué fuerza oponer á esta gran fuerza de la unidad enérgica y de sistema fijo?...

„En la lucha entre el Gobierno y las facciones, será aquél víctima de éstas, si se abandona á fuerzas individuales y se reposa del cuidado de su existencia en el imperio de las leyes: jamás las leyes destruyeron una sociedad creada para aniquilarlas, ni conservaron un Trono combatido de revoluciones: el Gobierno debe tener la

„fuerza de una facción, y organizarse como si lo fuera... Los enemigos de V. M. han dicho:—Dividamos para destruir...—Señor, los buenos dicen:—Unamos para conservar.—Las sociedades no existen si se relajan los vínculos sociales: las que sólo son palabras para el filósofo, son cosas para los pueblos: jamás un nombre ha dejado de producir una revolución; y jamás le ha faltado ni una bandera ni un partido...”

Aquí nos da el publicista organizada la dictadura del Gobierno para la resistencia: veamos ahora cómo, á fuer de buen eclético, crea la resistencia contra la dictadura.

„Creado el sistema y dada la unidad, es preciso crear la legalidad y el entusiasmo. Señor, con el apoyo de sus antiguas y venerandas leyes, ha atravesado esta antigua Monarquía por medio de los siglos, siempre grande y poderosa; y el brillo de sus Reyes ha eclipsado en un tiempo el de todos los Reyes de la tierra. Si V. M. después de haber salido del sepulcro para colocarse sobre el Trono pronuncia el nombre de las antiguas Cortes de este Reino, ellas sacudirán el polvo de los siglos; inclinarán su frente ante el más generoso de todos los Monarcas, y su voz será el acento de la fidelidad...”

No es difícil ver en estos últimos párrafos la exposición, sucinta pero perfecta, de un liberalismo doctrinario y tradicional, que se parece bien poco al liberalismo radical y revolucionario. Si esta calificación es acertada, no estará demás consignarla como el punto de partida de las opiniones políticas de Donoso, para que á su tiempo veamos si es tan grande como han supuesto lo que en este particular sus adversarios llaman su inconsecuencia. Dejando la demostración para más adelante, consignemos ahora otro rasgo que confirma nuestro juicio:

„Señor, una Monarquía no puede apoyarse en las últimas clases de la sociedad; es preciso que se apoye en las clases intermedias: cuando éstas no existen, la sociedad perece en brazos del despotismo oriental, ó en el abismo de una democracia borrascosa... España, Señor, tiene una magistratura que representa su gloria, que conserva sus tradiciones, y que, siendo el depósito de sus leyes no puede prestarse á una obra de destrucción y de anarquía; porque representa el orden de la sociedad y la madurez de los siglos. Si los que visten la toga no degradan su dignidad ni empañan su esplendor, la toga está destinada á ocupar el primer lugar entre las instituciones conservadoras, y á ser el apoyo más firme de Vuestra Majestad y del Trono. El destino de los jueces es el destino más

„bello de los hombres: ellos son el eco de la ley; su voz es la voz de la justicia, y su misión garantizar todas las existencias sociales. Colocados en medio de la sociedad y del legislador, ellos son el centro de todas las relaciones, y los que conservan su armonía. Independencia en la institución, fidelidad en sus individuos: estas son, Señor, las condiciones necesarias de la toga.”

“Señor, tales son las bases del nuevo sistema que debe asegurar la Corona en las sienes de las augustas sucesoras de V. M...”

Claramente se ve que el joven publicista no oculta sus pretensiones. Es un nuevo Sieyes que, con Benjamín Constant en una mano, la historia de España en la otra y los ojos fijos en el estado actual de la patria, propone y formula una Constitución, con el doble propósito nada menos que atender, por una parte, á las necesidades accidentales del momento, y por otra á las permanentes y esenciales de nuestro país. España está combatida por una facción fuerte, organizada con sistema, con unidad y energía: es preciso que el gobierno *tenga la fuerza de una facción, y se organice como si lo fuera*. Aquí deja satisfecha la exigencia del momento. Pero esto es organizar la dictadura ilimitada é indefinida: ¿cómo se le pondrá límite y término? ¿Será urdiendo una constitución facticia, sin antecedentes en nuestra historia, sin raíces en nuestras costumbres, importada del extranjero en brazos del filosofismo revolucionario? Todo menos que eso. El nuevo publicista quiere que *las antiguas Cortes de este Reino sacudan el polvo de los siglos é inclinen su frente ante el Monarca*; y aquí tenemos al constitucional tradicionalista: quiere que la Monarquía se *apoye en las clases intermedias, para que no perezca en brazos del despotismo oriental ó en el abismo de una democracia borrascosa*: y quiere, en fin, que la representación y fórmula política de estas clases intermedias, sea la *magistratura independiente, que representa la gloria y conserva las tradiciones* de España. Aquí tenemos al doctrinario con su *mesocracia*, y su poder judicial inamovible y supremo. Sus estudios histórico-políticos le daban por resultado un eclecticismo constitucional suyo propio, que sirve para explicar cómo habiendo sido de los primeros doctrinarios de nuestro país, ha sido también el primero á romper con un liberalismo que estaba fuera de sus doctrinas. Su primera muestra en la vida política, que fué también, y dicho sea de paso, la primera y más osada de las que se dieron por los liberales antes de la muerte del Rey, es la premisa de donde inflexiblemente se derivan, como otras tantas consecuencias necesarias, todos los actos y todas las doctrinas ulteriores de su vida.

Por eso, dando á este documento una importancia especial, hemos querido extractarle en el discurso de esta Biografía, negándole en el cuerpo de las obras de Donoso un lugar que le veda el respeto debido á clases y personas, de las cuales unas han expiado con largo infortunio sus dolorosos errores, y otras han redimido plenamente su derecho á que se aparten de la memoria y de los ojos de sus conciudadanos las calificaciones que pudieron merecer en tiempos de política efervescencia. La sinceridad de estos motivos quedará justificada con decir que la Memoria se imprimió, lujosamente por cierto, con el beneplácito del Rey, en Noviembre de 1832; y este solo dato bastará para convencer de que, si bien en aquel escrito se traslucen con harta claridad las muchas preocupaciones filosofescas de su autor, en el tiempo que lo produjo, y que nuestra imparcialidad nos manda no ocultar ni disminuir, nada hay en cambio que lisonjee las pasiones demagógicas, y sí mucho que pueda servir de fundamento á una Constitución verdaderamente nacional, y como nacional, fecunda y provechosa.

Otra prueba más convincente todavía, es la benévola acogida que el joven Donoso mereció á los personajes políticos importantes de aquel tiempo. El Rey mismo le honró en Febrero de 1833 con la especialísima y para aquel entonces escandalosa distinción, de nombrarle oficial de su Secretaría del Ministerio de Gracia y Justicia. Y con verdad sea dicho, las venerables sombras de los encopetados burócratas de Carlos III debieron levantarse indignadas contra aquel covachuelista de veintitrés años.

Tampoco carecía entonces de valor la honra que, en Mayo siguiente, se apresuró á dispensarle la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, nombrándole su miembro honorario, como una muestra de su aprecio y como un tierno recuerdo de aquellos días en que el joven covachuelo invocaba con todo el ardor de su entusiasta juventud á las musas risueñas del undoso Bétis. Todavía en aquella época cultivaba el Sr. Donoso la amena literatura, si bien la consideró siempre como una ocupación secundaria, en la cual reposaba su mente, ya de lleno entregada á plantearse los más radicales problema del orden social y del orden humano con el propósito de ofrecer sus pensamientos á *la consideración de los hombres que se ocupan en estudiar en las entrañas de las sociedades el germen de vida que conservan, ó el cáncer que las devora*. Con estas palabras se propone su asunto en el prólogo de su folleto publicado en Agosto de 1834, con el título de *Consideraciones sobre la diplomacia, y su influencia en el estado político y social de*

Europa, desde la revolución de Julio hasta el tratado de la cuadruple alianza.

¿Os acordáis del joven profesor de Literatura que en 1829 llamaba á Rousseau *un terrible sofista*, que ensalzaba las *Cruzadas* y á *Pedro el Ermitaño*, que proclamaba al cristianismo como la ley redentora del espíritu y de la carne? ¿Os acordáis del joven publicista que en 1832 invocaba con la voz del patriotismo á las antiguas y venerandas tradiciones de sus mayores? Pues es el mismo que, engolfado ya en el piélago borrascoso de la política militante, y acabando de ver en Julio de 1834 el espectáculo fúnebre y terrible de una demagogia brutal y sacrilega degollando á los sacerdotes y profanando los altares, exclama horrorizado: "No, Madrid no olvidará jamás el día de dolorosa recordación en que ha disolverse la sociedad, desaparecer la fuerza pública, y en que ha sido testigo de la profanación de sus templos: como si un instinto fatal enseñara á los monstruos que nos infestan que las sociedades no pueden dejar de existir si la religión, abandonándolas, no las condena á la esterilidad y á la muerte. Los manes de las víctimas piden venganza, y la sociedad justicia. Las leyes no pueden exigir obediencia si no conceden protección; y la libertad y el orden, para hermanarse y crecer, necesitan que se purifique el suelo que ha teñido la sangre y que ha profanado el crimen..."

Gloriosa página, en verdad, inspirada por el sentido moral y por el patriotismo más puros, fecundados ambos por un instinto religioso que, no por ser todavía vago y especulativo más bien que práctico deja de ser bello y fecundo. Nótese bien, y sobre todo por los que acusan á Donoso de inconsecuencia política, como por los que le acusan de haberse abismado en un misticismo supersticioso; nótese bien como, al anunciarse públicamente en la liza filosófica, declara, no ya simplemente que la religión es un elemento civilizador entre otros, una rueda, entre otras de las que constituyen el mecanismo social, sino que es el origen de toda fecundidad y de toda vida para las sociedades; puesto que, "cuando la Religión las abandona—dice—quedan condenadas á la esterilidad y á la muerte..."

La idea, ciertamente, no es nueva; y tan no lo es, que Dios la ha constituido patrimonio de la sociedad: lo que sí era nuevo y casi extraordinario para el liberalismo español, cuando Donoso publicó este folleto, era presentar aquella idea como el fundamento y esencial condición de toda teoría social.

¿Qué extraño parecerá, pues, que partiendo de esta idea, con-

sagre á la acción civilizadora de la Iglesia la especial atención y el lugar preferente que le da en sus *Consideraciones*?

"En la Europa bárbara—dice—sólo la Iglesia era una sociedad; porque sólo en la Iglesia se encontraba unidad de objeto y armonía de voluntades. Roma aspiró á la dominación en nombre de la fuerza: la Iglesia en *nombre de la verdad*: su título era más legítimo: sus medios los ha juzgado ya la historia... Ella continuó el movimiento del mundo romano, elevó las mismas pretensiones, y marchó hacia el mismo fin (el establecimiento de la unidad social); pero más inflexible aún, porque la verdad es más absoluta que la fuerza, vencedora no perdonó jamás, y protestó vencida. En su lucha con los Emperadores, al ver postrado á los pies del heredero de San Pedro al heredero de los Césares, la imaginación asombrada no alcanza á concebir esta revolución inmensa en el destino del mundo. Fuera de la Iglesia, sólo existían individuos: la voluntad del hombre reinaba sola en aquel caos en que naufragaron todas las instituciones humanas (la invasión de los bárbaros), y abandonada la sociedad á sus elementos primitivos, no tenía más vínculos que los de la familia, y apenas existían otras relaciones de dependencia que las del patrono y el cliente, el siervo y el señor..."

Aquí están los gérmenes de una filosofía católica, puesto que hallamos, bien que somera y vagamente concebidos, los principales afectos que de ordinario la inspiran y la constituyen. Hallamos por de pronto una explícita declaración de que en la Iglesia reside la verdad absoluta, lo cual es tanto como reconocer en ella un criterio universal de todas las verdades: hallamos luego un afecto de admiración hacia la propia Iglesia, que, una vez apoderado del espíritu para dictarle veneración á sus doctrinas, puede y debe terminar en mover la voluntad á cumplir sus preceptos. Porque á la Iglesia, ó se la niega ó se la confiesa: si se la confiesa, bien podemos estar ciertos de que, á poco que ayuden las circunstancias externas, y en el supuesto de que no militen contra las fuerzas de la verdad la exaltación de las pasiones y el influjo de los intereses humanos, se acabará por amarla. Y esta es toda la historia de Donoso.

No se crea, sin embargo, que, falseando los hechos y confundiendo las épocas, se trata aquí de ocultar las sombras que obscurcen tan hermoso cuadro, no. En las *Consideraciones sobre la diplomacia*, como en otros escritos posteriores, que iremos mencionando, no se ve en Donoso al filósofo católico: no se ven sino